Reconocimiento a los padres
Autor: Manolo Campa

Ser padre nunca ha sido fácil y según van pasando los años va siendo más difícil. Hoy, para poder cumplir las responsabilidades de padre, hay que tener aguante físico y mental, vastos conocimientos y habilidades atléticas.

El padre contemporáneo necesita tener dominio de las ciencias, las letras, las artes. Se les pide paciencia, comprensión, ecuanimidad, constancia, resignación. Por ejemplo: Con paciencia y ecuanimidad enseñamos a manejar a nuestros herederos para después, con resignación, sufrir los sustos que nos dan nuestros "ases del timón".

Para escribir esta "apología" a los padres con la certidumbre de un testigo presencial, retrocedo en el tiempo hasta la etapa de mi vida en que mis hijos eran niños y adolescentes, y unía mis esfuerzos a los de mi esposa para lograr hacer de ellos hombres y mujeres cabales, respetuosos de Dios.

Dejando de generalizar, ciñéndome a mis experiencias, continuo.

Habilidades deportivas. Frecuentemente, cuando llegaba del trabajo agotado después de nueve horas de labor seguidas, sin la reparadora siesta de antaño en mi país de origen, mi hijo menor me invitaba a montar en bicicleta unas veces, otras a jugar a la pelota… y en verano a que le enseñara a nadar y a zambullirse de cabeza.

Aquellos esfuerzos físicos, apropiados para un jovenzuelo con ambiciones de hacer el equipo olímpico, para mí, que ya tenía un poquillo de juventud acumulada, me producían un cansancio comparado al de un condenado a trabajos forzados.

Ciencias. Forzado también me veía, ayudando a los hijos con las matemáticas "modernas". Mamá no tenía tiempo de hacerlo porque estaba ocupada en la cocina… la abuela tampoco podía porque tenía novelas que atender. El único disponible era yo que ayudaba a resolver aquellas fórmulas y ecuaciones adivinando… Como resultado de mi "ayuda", una maestra me invitó gentilmente a tomar un curso especial que ella dictaba para "dummies".

Medicina. Curaba rasponazos con mercurocromo. Ponía "curitas" sobre heridas menores. Bajaba hinchazón de chichones con hielo triturado dentro de un calcetín. Limpiaba narices con mocos. Aliviaba el ardor de las picadas de insectos con alcohol alcanforado. Daba sustos para el hipo y palmaditas en la espalda cuando se les iba agua por "el camino viejo".

Odontología. Removía dientes de leche con hilo dental y le facilitaba al "tooth fairy" (hada del diente) las moneditas que ésta dejaba cuando recogía el diente que el desdentado ponía debajo de su almohada. Restañaba con azúcar la sangre de labios partidos. Enseñaba a cepillarse los dientes de arriba hacia abajo. Pagaba las cuentas al ortodoncista.

Ingeniería. Arreglaba patines, bicicletas, la máquina de coser de mi suegra, aretes, collares, componía con "tape" bates de beisbol partidos… Aflojaba con jabón anillos trabados en dedos gorditos, desenredaba nudos en los zapatos de colegio en los momentos de más apuro.

En esta especialidad las funciones eran variadas e interminables: cambiaba fusibles y bombillos fundidos, encendía y regulaba calentadores de gas, enseñaba a hacer nudos de corbatas… a la carrera movía los latones de la basura hacia el frente de la casa cuando el responsable de hacerlo se quedaba dormido.

Equilibrismo. Me convertía en acróbata cuando había que bajar trastos del ático. Con el peligro de romperme la testa, me encaramaba en una escalera corta que para llegar al techo colocaba sobre una mesa… combinación riesgosa de función de circo que se tambaleaba como cañabrava movida por el viento.

Funciones varias: Perseguía y exterminaba a pisotones, cucarachas, cucarachones y arañas. Los mosquitos los eliminaba aplaudiendo. Las ranas y sapitos que entraban en casa escondidas en las maticas que mi mujer traía del patio, las tenía que coger a mano limpia para relocalizarlas a su ambiente.

Daba el ejemplo no entrando a la casa con los pies sucios o mojados… antes de entrar bailaba un "zapateo" sobre la alfombrita que, al efecto, colocaba mi mujer en el umbral de la casa.

Comía vegetales, sin gustarme, "a la brava", obligado, para dar buen ejemplo a los que tampoco les gustaban. Siempre trataba de comer despacio y no hablar con la boca llena. Nunca me sentaba a la mesa sin camisa o en camiseta.

No dejaba el periódico y las pantuflas abandonados delante del sofá donde dormitaba hasta que mi esposa, al terminar en la cocina, se sentaba a mi lado para comentar conmigo los sucesos familiares de las últimas veinticuatro horas.

Concluyendo: Lo mejor que los padres podemos hacer por nuestros hijos es enseñarles a conocer y amar a Dios. A agradecerle su bondad en los momentos de alegría y a confiar en su misericordia en las pruebas, el sacrificio y el dolor. De esa manera, desde la cuna, iremos formando hombres y mujeres de fe.